

David Mark

El dolor que nos une
El tercer caso del sargento
Aector McAvoy

Traducción del inglés de
María Porras Sánchez

 Siruela

Nuevos Tiempos / Policiaca

*Para mis hijos, George y Elora.
Nunca dejéis de ser un maravilloso
par de bichos raros.*

«He oído a menudo que la pena ablanda el alma,
la degenera y la vuelve medrosa.
Pensemos por tanto en vengarnos y en dejar de llorar».

W. SHAKESPEARE,
Enrique VI, segunda parte, acto IV, escena 4

Prólogo

«Sigue adelante, sigue adelante, solo es dolor, respira y corre. ¡Respira y corre, joder!».

Resbala. Patina sobre la sangre y el hielo. Rueda sobre la nieve y oye un ruido, como una rasgadura de papel. Nota que se desprende el colgajo de piel quemada que le pendía del pecho como una vela, tras engancharse en una piedra inclemente.

Su grito tiene algo de inhumano. Algo primario, indómito.

«Levántate, corre, corre...».

Sollozando, se muerde la palma de la mano. Sabe a carne carbonizada. Escupe sangre, piel y bilis. Gasolina. Pelo de otra persona.

«Así no. Ahora no...».

Trata de levantarse, pero está desnudo y los dedos de los pies, congelados, no le obedecen. Sumerge las manos destrozadas en la nieve y se incorpora, pero vuelve a resbalar y se golpea la cabeza contra el suelo.

«Mantente despierto. Mantente con vida».

Se le nubla la vista. Sin venir a cuento, aparece en su mente el televisor de su antiguo piso de estudiante... La forma en que la imagen desaparecía en el centro de la pantalla engullida por un círculo de color menguante, creando un remolino en miniatura de formas y colores. Así es como se ve él ahora, como si todo su mundo estuviera menguando. Los sentidos, la razón, todo se vuelve un caleidoscopio que declina todos los tonos posibles de negro y carmesí.

Medio destrozado, prácticamente roto, levanta la cabeza y vuelve la vista al espeluznante camino que ha ido trazando sobre

la nieve. Charcos diminutos de sangre entre negra y azulona, diseminados azarosamente entre cráteres afilados.

—¡Allí! ¡Allí está! ¡Detenedlo! ¡Alto!

Las voces le obligan a incorporarse, los ojos se reactivan, se agudizan los sentidos y, por un instante, consigue recobrase y captar lo que le rodea. Ve la fila de casas victorianas con sus grandes ventanales y macetas de las que cuelgan plantas yermas, con sus carteles de «habitaciones disponibles» y guirnalda de bombillas de colores, ahora apagadas y mustias.

Oye su propia voz.

—Mierda, mierda.

Se da cuenta de que puede oír el mar; chispazos, guijarros que caen sobre el barro y la arena al otro lado del muro de contención del puerto.

Y, de repente, se encuentra a la deriva envuelto en una sinfonía de sentidos.

Sonidos. Aromas. Sabores.

Huele la sal y el vinagre de la tienda de patatas fritas; la cerveza pasada del sótano del pub. Oye los gritos de las gaviotas y el beso húmedo de los maderos podridos entrechocando cuando las barcas de pesca se rozan. Puertas que se abren. Ventanas de par en par. Vasos sobre madera barnizada. A lo lejos, la musiquilla triunfal de una máquina tragaperras escupe su premio. Vítores. El tintineo de las monedas...

«Arriba. ¡Corre!».

No llega a caminar ni una docena de pasos cuando las fuerzas le abandonan. Cae hacia delante. Siente que la nieve lo cubre como un manto. En su delirio, trata de envolverse en él. Convertir la acera en una almohada.

Pasos a la carrera. Voces.

«Arriba. ¡Arriba!».

Una mano le rodea el cuello y le obliga a incorporarse. Recibe un golpe en la sien. Un puño, quizá una rodilla.

—¡Cabrón! ¡Cabrón!

Entrechoca los dientes con fuerza: el impacto de la hoja de un cuchillo que horada la madera. Estrellas y barro, nieve y nubes, botas y puños y el cráneo que golpea la acera, una vez, y otra, y otra...

Y se adentra a la deriva en un túnel de sombras. Está a punto de desaparecer.

Todo mengua. Todo se oscurece.

«Se acabó. Ya no queda nada...».

La nieve es tan suave. Tan oscura y tan acogedora.

Otras manos le tocan. Manos, no puños. Suaves. Firmes, pero llenas de ternura. Carne sobre carne.

Una cara se cierne sobre él.

—Mira lo que le has hecho.

Un momento de lucidez, antes de que un océano negro se lo trague...

—Déjale morir. Por favor, deja que se muera este hijo de puta.

PRIMERA PARTE

Capítulo 1

Lunes por la mañana. 9:16 horas.

Una habitación pequeña, sin ventilación, en el centro de salud de Cottingham Road.

El sargento Aector McAvoy se siente incómodo y ridículo sentado en una silla escolar de plástico; las rodillas prácticamente le llegan a la altura de las orejas.

—¿Aector?

Se da cuenta de que está sacudiendo la pierna. «¡Maldición!». La loquera ha debido de notarlo también. Decide dejar que siga moviéndose para que ella no lo malinterprete.

La mira a los ojos. Aparta la vista. Deja de sacudir la pierna.

—Aector, no intento engañarte. No tienes por qué juzgarte todo el tiempo.

McAvoy asiente y nota que otra gota de sudor le baja desde el cuello de la camisa. Hace demasiado calor en la consulta. Las paredes, con su papel pintado color tiritita, dan la impresión de estar sudando también, y las ventanas bloqueadas se están empañando.

Ella continúa hablando. «Palabras, palabras, palabras...».

—Ya me he disculpado, ¿verdad? Me refiero a la consulta. He intentado conseguir otra pero no había ninguna disponible. Creo que si le diéramos un buen tirón a la ventana podríamos abrirla, pero entonces entraría el ruido de la calle.

McAvoy hace un gesto con las manos para restarle importancia aunque, en realidad, tiene tanto calor y se siente tan incómodo que incluso se le ha ocurrido lanzarse de cabeza contra el cristal.

De hecho, ya estaba empapado antes de cruzar la puerta. Durante las últimas dos semanas, la ciudad ha vivido con la sensación de tener un perro mojado sacudiéndose encima, pero la ola de calor no ha traído un cielo azul. Por el contrario, Hull languidece bajo un cielo del color del cemento húmedo. Es un clima que tensa el ánimo, induce al letargo y les hace la vida imposible a los hombres grandullones y pelirrojos como el sargento Aector McAvoy, que lleva días sintiéndose sudado, cabreado y cohibido. Es un calor febril, un manto pestilente y tóxico. McAvoy no se quita de encima la sensación de estar revolviéndose entre sábanas mojadas tendidas a secar. Todo el mundo opina que la ciudad necesita una buena tormenta que aclare la atmósfera, pero los truenos aún no han abierto los cielos.

—Creo que disfrutaste en la última sesión. Parecías más animado a medida que avanzábamos. —La terapeuta baja la vista para consultar sus notas—. Estábamos hablando de tu padre...

McAvoy cierra los ojos. No quiere parecer maleducado, de modo que se muerde la lengua. Por lo que recuerda, él ni siquiera ha mencionado a su padre. Ella sí.

—Vale, ¿qué tal si lo intentamos con algo un poco menos personal? ¿Tu trabajo, quizá? ¿Tus ambiciones?

McAvoy mira por la ventana con cierta ansiedad. La escena que ve podría tomarse por una fotografía. Las hojas y las ramas del serbal cuelgan exánimes e inertes, impidiendo que pueda ver la universidad que queda al otro lado de la concurrida calle, aunque no le cuesta nada imaginársela. Visualiza a las estudiantes con la tripa al aire y minipantalones vaqueros diminutos; los calcetines por la rodilla y el pelo peinado hacia atrás. Cierra los ojos y solo ve víctimas. Esta tarde acudirán a las terrazas de las cervecerías. Beberán más de lo aconsejable. Alguien les llamará la atención y, envalentonadas por el alcohol, algunas sonreirán y flirtearán y disfrutarán de la sensación de ir ligeras de ropa. Cometerán errores. Habrá confusión, calor, deseo y miedo. A la mañana siguiente, los detectives tendrán que investigar las agresiones. Quizá algún apuñalamiento. Los padres se angustiarán y la inocencia se habrá perdido para siempre.

Se quita la idea de la cabeza. Se maldice. Oye la voz de Roisin que, como siempre, le dice que deje de hacer el tonto y vaya a

disfrutar del sol. Se la imagina tumbada en biquini, con los pies descalzos, absorbiendo todo el calor en el recuadrado de césped agostado que hay delante de la casa; pura despreocupación.

¿Qué le acababa de preguntar? Ah, sí...

—No trato de ser evasivo —dice finalmente—. Sé que tu trabajo es beneficioso para algunas personas. Estudié algo de psicología en la universidad. Admiro mucho tu profesión. Lo que pasa es que dudo que cualquier cosa que pueda contarte vaya a beneficiarnos a ninguno de los dos. No me guardo las cosas. Hablo con mi mujer. Tengo válvulas de escape para mis sentimientos oscuros, como tú los defines. Estoy bien. A veces desearía que mi cerebro se comportara de otra manera y otras veces agradezco que actúe como actúa. La verdad es que soy bastante normal.

La psicóloga ladea la cabeza, como un perro labrador que pidiera sutilmente que lo sacaran a pasear.

—Aector, estas sesiones pueden ser lo que tú quieras que sean. Ya te lo he dicho. Si quieres hablar del trabajo policial, hazlo. Si quieres hablar sobre tu vida personal, no hay problema. Quiero ser de ayuda. Si te quedas sentado en silencio, eso será lo que escriba en mi informe.

McAvoy baja la cabeza y contempla un momento la moqueta. Está extenuado. El calor hace que su hija pequeña esté irritable y no quiera dormir más que con papá. Se ha pasado la noche en una tumbona en el jardín trasero, medio tapado y con su hija encima, mientras ella le agarraba el cuello de su camiseta de rugby y gemía en sueños.

—El serbal —comenta McAvoy de pronto, señalando por la ventana—. Solían plantar ese árbol junto a las iglesias para ahuyentar a las brujas. ¿Sabías eso? Hice un trabajo cuando tenía ocho años. *Sorbus aucuparia*, se llama así en latín. Conozco el nombre de una veintena de árboles en latín. No sé por qué los recuerdo pero ahí están. Para ser sincero, ni siquiera sé por qué te estoy contando esto. Se me ha ocurrido sin más. Supongo que es agradable poder decir algo sin tener que preocuparme de que la gente me tome por un listillo.

La psicóloga levanta un dedo.

—¿Y en este momento no te preocupa? Eso ya de por sí resulta interesante...

McAvoy suspira; le exaspera estar siendo analizado por alguien que no es él. Él conoce perfectamente su forma de ser. No quiere que lo desmonten por si luego resulta imposible volver a encajar las piezas.

—¿Aector? Oye, ¿te gustaría estar en otra parte?

Levanta la vista y mira a la psicóloga. Se llama Sabine Keane. McAvoy cree que está divorciada. No lleva alianza pero duda que sus padres la llamaran así por gusto, rimando nombre y apellido. Tendrá cuarenta y pocos años y está muy delgada, lleva el cabello recogido en un desordenado moño de pelo rubio pajizo y gris. Va vestida acorde con el calor que hace, con sandalias, una falda de lino y una camiseta negra y lisa que deja al descubierto unos brazos un poco flácidos. No lleva maquillaje y tiene un pegote de algo que parece mermelada en mitad del brazo derecho. Posee una voz cantarina muy apropiada para contar historias, de esas que supuestamente resultan reconfortantes pero que a menudo a él le chirrían. McAvoy no tiene nada contra ella y le encantaría ser capaz de contarle algo que mereciese la pena, pero le cuesta encontrarles el sentido a estas sesiones. Le agradece que haya aprendido a pronunciar su nombre a lo celta y lo cierto es que tiene una sonrisa simpática, pero la cabeza de McAvoy tiene puertas que no desea abrir. El hecho de que el comienzo fuera tan surrealista tampoco ayudó mucho. Cuando iba de camino a la primera sesión, fue testigo de un incidente en el que se vio envuelta la terapeuta. Ella iba en bicicleta. Es difícil creer que una persona tenga el poder de sanarte el alma después de haberla visto pedaleando a toda leche por el carril bus mientras soltaba toda su rabia y gritaba obscenidades a un Volvo.

McAvoy vuelve a intentarlo.

—Verás, los de salud laboral han insistido en que acuda a seis sesiones con un terapeuta aprobado por la policía. Es lo que estoy haciendo. Por eso estoy aquí. Responderé a tus preguntas, pero me está costando mucho no ser maleducado contigo, porque hace calor, estoy cansado y tengo trabajo que hacer. Y sí, preferiría estar en muchos sitios antes que aquí. Estoy seguro de que tú también.

Se hace el silencio por un segundo. McAvoy oye el pitido que anuncia las citas de la consulta del médico de la planta de abajo. Se imagina la escena. Una sala de espera llena de estudiantes enfermos y extranjeros parlanchines, de bohemios de clase media que van a

que les receten las píldoras contra la malaria y las inyecciones para la fiebre amarilla antes de poner rumbo a Goa con sus hijos con nombres a la moda, pongamos Jeremiah o Hermione.

Finalmente, Sabine vuelve a intentarlo.

—Tienes tres hijos, ¿no es así?

—Dos —contesta McAvoy.

—¿La pequeña no te deja dormir?

—Es parte del trabajo.

—Es tu deber, ¿no?

—Por supuesto.

—Háblame del deber, Aector. Dime qué significa para ti.

McAvoy aprieta los puños. Se lo piensa.

—Es lo que se espera de uno.

—¿Quién lo espera?

—Todo el mundo. Tú mismo. Es lo correcto.

Sabine no dice nada durante un momento, luego se agacha y saca un bloc de notas de su bolso. Escribe algo en una página pero McAvoy ignora si se trata de algún apunte clínico o un recordatorio para comprar papel higiénico de camino a casa.

—Has elegido un trabajo que se basa en el deber, ¿no es así? ¿Siempre quisiste ser policía?

McAvoy se pasa una mano por la frente. Se endereza la corbata verde y dorada. Se remanga los puños de la camisa negra y luego vuelve a alisarlos.

—No —responde, por fin—. Donde me crié... Tal y como estaban las cosas en casa... Es como si el guion estuviera escrito de antemano.

Sabine vuelve a mirar su libreta y la hojea hasta encontrar algo. Levanta la vista.

—Creciste en las Highlands de Escocia, ¿no? ¿En una granja? Una propiedad pequeña, según tengo entendido...

—Viví allí hasta que cumplí diez años.

—¿Fue entonces cuando te enviaron a un internado?

McAvoy aparta la vista. Se alisa una arruga en los pantalones grises de vestir y juguetea con el bolsillo del chaleco a juego.

—Un poco después.

—Supongo que eso resultaría caro para un granjero. —Su voz es suave pero inquisitiva.

—El nuevo marido de mi madre tenía bastante dinero.
La psicóloga anota algo más.
—¿Mantienes una buena relación con tu madre?
McAvoy aparta la vista.
—¿Qué tal te llevas con tu padre?
—A ratos.
—¿Qué opina él de tus éxitos?
McAvoy no puede reprimir la sonrisa.
—¿Qué éxitos?
Sabine señala con la mano sus notas y el archivador de cartón que hay junto a sus pies.
—Los casos que has resuelto.
Él niega con la cabeza.
—No funciona así. Yo no he resuelto nada. —Lo sopesa, se encoge de hombros—. O sí. En fin, quizá simplemente estuve en el lugar oportuno. Y cuando lo hice todo por mi cuenta, cuando a nadie más le importaba un carajo, llegué a la conclusión de que no debería haberme tomado tantas molestias. Aunque también pensé si debería haber hecho más.
La habitación se queda en silencio. McAvoy se reclina en la sillita de plástico dejándola sobre dos patas, luego se echa hacia delante y nota cómo se tambalea.
Un momento después, Sabine asiente, como si hubiera tomado una decisión.
—Háblame de Doug Roper —le pide, sin mirar su libreta.
McAvoy aprieta la mandíbula de manera involuntaria. Siente que se le seca el interior de las mejillas. No dice nada por miedo a que se le haya hinchado la lengua y suelte una sarta de incoherencias.
—En los informes solo nos dan los detalles básicos, Aector. Pero sé leer entre líneas.
—Fue mi primer superintendente jefe en el Departamento de Investigación Criminal —dice McAvoy con suavidad.
—¿Y?
—¿Y qué? Probablemente hayas oído hablar de él.
Sabine se encoge ligeramente de hombros.
—Lo busqué en Google. Por lo visto es un policía famoso.
—Ahora está jubilado.

—¿Y tú tuviste algo que ver en eso?

McAvoy se pasa la lengua por el interior de la boca.

—Algunas personas así lo creen.

—¿Y eso te ha convertido en alguien impopular?

—La cosa ha mejorado. Trish Pharaoh ha sido de gran ayuda.

—Ella es tu nueva jefa, ¿no es así? Unidad de Delitos Graves y Crimen Organizado, ¿cierto? Sí, la mencionaste la última vez. La verdad es que la nombras a menudo.

McAvoy esboza una sonrisa cansada.

—Mi mujer dice lo mismo.

Sabine ladea la cabeza.

—¿Significa mucho para ti?

—¿Mi mujer? Ella lo es todo...

—No. Tu jefa.

McAvoy empieza a sacudir la pierna otra vez.

—Es una oficial de policía excelente. Al menos eso creo. Quizá no lo sea. Quizá Doug Roper estuviera en lo cierto. No lo sé. La verdad es que no sé casi nada. Alguien me dijo en una ocasión que me volvería loco tratando de entender de qué va esto. Me refiero a la justicia. El bien. El mal. A veces creo que casi lo he entendido. Otras veces soy lo bastante listo como para darme cuenta de lo poco que sé.

—El informe señala que te tomas muy en serio las normas. ¿Puedes explicarme qué crees que podría significar?

McAvoy le sostiene la mirada. ¿Se está burlando de él? No sabe qué responder. ¿De verdad hay algún comentario en el informe que haga alusión a su respeto por las normas? Lo cierto es que rellena el papeleo por triplicado por si acaso se extravía el original y que no saca un bolígrafo nuevo del armario de artículos de oficina a menos que el viejo esté seco.

No dice nada. Se queda escuchando el sonido de los neumáticos sobre la calle reseca y el zumbido de la sangre en los oídos.

—El informe dice que tienes montones de cicatrices, Aector.

—Estoy bien.

McAvoy intenta ser un hombre honesto y por eso no se plantea la respuesta. Está bien. Tanto como cabe esperar. Se las apaña bien. Hace lo que puede. Se conforma. Tiene un montón de maneras superficiales y huecas de describir cómo es y sabe que si tuviera

que sentarse ahí e intentar explicarlo todo en condiciones, acabaría hecho polvo. En casa está mejor que bien. Todo es perfecto. Cuando está abrazado a su mujer y a sus hijos se siente radiante. Pero en el trabajo no tiene ni puta idea de cómo sentirse. No sabe si se arrepiente de sus actos. No sabe qué piensa en realidad del superintendente jefe del DIC de Humberstone, un hombre corrupto y despiadado que vio languidecer su carrera cuando McAvoy trató de sacar sus crímenes a la luz. Ya fueran nobles o ingenuas, las acciones de McAvoy le costaron su reputación como joven promesa. Este hombre grandullón, amable, humilde y tímido se convirtió en un paria a ojos de sus compañeros, que lo miraban con recelo. Lo arrinconaron en la Unidad de Delitos Graves y Crimen Organizado, como si no fuera más que un contable, un bocazas listo para ser masticado y escupido por la jefa del escuadrón, la superintendente Trish Pharaoh, una mujer de armas tomar, siempre embutida en sus botas de motero y maquillada con una gruesa capa de máscara de pestañas. En lugar de eso, ella lo convirtió en su protegido. Casi un amigo. Y, a su lado, él ha atrapado a muchos criminales.

Las quemaduras de la espalda y la puñalada del pectoral izquierdo que le entró hasta el hueso no son sus únicas cicatrices pero, con el tiempo, se han convertido en sus medallas redentoras. Ha sufrido por defender lo que creía que era justo.

Sabine deja caer el bolígrafo y saca el teléfono del bolso. Mira la pantalla y luego se centra en McAvoy.

—Nos queda media hora. Seguro que quieres quitarte algún peso de encima.

McAvoy saca su móvil para confirmar la hora y ve que tiene ocho llamadas perdidas del mismo número. Se disculpa con un gesto y, antes de que Sabine pueda objetar algo, devuelve la llamada.

Trish Pharaoh responde al segundo tono. Escupe su nombre como es habitual en ella, con una mezcla de azúcar y acero.

—Hector, joder, gracias por contestar. Tenemos un cadáver. Dile a la loquera que rellene el formulario y que te deje ir. Estás en forma. Espero que sepas controlar tus ganas de vomitar. Este te va a dar arcadas.

Tictac, tictac, suena el intermitente derecho. Se oye el zumbido continuo de un moscardón en la luna trasera. El claxon de algunos coches y el estruendo de un taladro neumático. Unos obreros descamisados se apoyan contra la fachada de la tienda de la esquina, comiendo sándwiches de huevo y beicon envueltos en papel grasiento que gotea sobre sus manos sucias.

El semáforo se pone en verde pero nadie se mueve. El tráfico no fluye. Dos emisoras de radio diferentes atronan a través de las ventanillas abiertas. Lady Gaga combate por la supremacía con The Mamas and the Papas...

Una ciudad paralizada por la fiebre: irritable, inquieta, en carne viva.

McAvoy echa un vistazo al teléfono. Sin novedad. Guiña los ojos para leer la pegatina de la luna trasera del Peugeot que hay dos coches más allá, pero renuncia al comprobar que le sudan las sienes.

Mira a la derecha, a la tienda polaca de la esquina: el rótulo es un revoltijo de consonantes enfurecidas. A la izquierda, un gimnasio con un cartel gigante anuncia clases de fitness y barra americana. Se pregunta cuántos inmigrantes polacos de esta zona de la ciudad se sentarán a la barra del bar...

Está al final de Anlaby Road y se arrepiente de haber girado a la derecha al salir del consultorio. Conduce el utilitario de cinco años que Roisin y él decidieron comprar hace un mes. Hay dos sillitas de niño en el asiento trasero, cosa que inquieta constantemente a McAvoy por si más de un compañero le pide que lo lleve a algún sitio.

El semáforo vuelve a ponerse en verde y el coche se abre paso lentamente hasta la sombra de un local temático clausurado. Se acuerda de cuando lo abrieron. Un hombre de negocios de la ciudad invirtió más de un millón en renovar el edificio, convencido de que un antro nocturno sofisticado y lujoso era precisamente lo que esta parte de la ciudad necesitaba. Duró un año. Viendo la zona, tampoco es de extrañar. Este extremo de Anlaby Road está plagado de tiendas de segunda mano y pizzerías, casas de empeños y bares donde el camarero y el único cliente se turnan para salir a fumar un pitillo. Las calles de este barrio son un laberinto de hileras de casitas idénticas con salones donde a un hombre del tamaño

de McAvoy le costaría tumbarse. Hubo un tiempo en que la gente lo habría definido como un barrio «pobre pero honrado». Quizá incluso «de clase obrera». Hoy en día las directrices de la policía no incluyen ningún eufemismo para definir a sus habitantes. Solo son gente. Gente normal, con sus defectos, sus deseos y sus sueños. Gente de Hull, temperamentales y orgullosos.

El semáforo vuelve a abrirse y McAvoy por fin puede desviarse hacia la calle Walliker.

Mete segunda. Tercera.

Antes de que pueda meter cuarta ha llegado a la escena del crimen. Tres coches de policía bloquean la calle y hay dos agentes y una figura vestida de blanco que está levantando una tienda de lona blanca. El pequeño descapotable de Pharaoh está aparcado junto a la camioneta del equipo forense, frente a una casa con grandes ventanales con los marcos pintados de marrón y unos visillos corridos y sucios. En el patio delantero de la casa contigua hay una mujer vestida con pantalones de camuflaje y una camiseta del Hull City que está hablando con un hombre que va en bata. McAvoy se pregunta si los dos curiosos habrán resuelto ya el caso.

Abandona el coche en mitad de la calle y rebusca en el asiento de atrás su bolso de cuero. Su mujer se lo regaló hace un par de años y es una inagotable fuente de burlas por parte de sus compañeros.

—Hector. Por fin.

McAvoy se golpea la cabeza con el marco de la puerta al oír la voz de su jefa. Levanta la vista y ve que Pharaoh se dirige hacia él. A pesar del calor, se ha negado a desprenderse de sus botas de motorista, aunque ha hecho algunas concesiones al clima. Lleva un vestido rojo con lunares blancos y se ha puesto un pañuelo de lino color crema al cuello. McAvoy supone que será para disimular su impresionante escote. Luce unas gafas de sol grandes y caras, y el pelo oscuro ondulado, como si se lo hubiera secado al aire, sin molestarse en cepillarlo.

—¿Jefa?

Ella se queda mirando a su sargento un momento demasiado largo y luego asiente.

—¿Te presentas sin la chaqueta del traje, Hector?

McAvoy hace un repaso a sus pantalones de marca planchados, el chaleco, la camisa abotonada hasta arriba y la corbata anudada con un doble Windsor perfecto.

—Me puedo pasar por casa si...

Pharaoh se echa a reír.

—Joder, debes de estar cociéndote. Desabróchate un botón, por Dios.

A McAvoy se le suben los colores. Pharaoh es capaz de conseguir que cualquier hombre se ruborice, pero tiene una habilidad especial para transformar a su sargento en una lámpara de lava con una sola frase o una sonrisa. Él se niega a llevar camisas blancas desde que ella comentó que se le transparentaban los pezones, y todavía tiene pendiente encontrar una manera de mirarla sin fijarse en alguna de sus numerosas curvas. Se lleva las manos al cuello pero opta por no desabrocharse.

—Estaré bien.

Pharaoh suspira y menea la cabeza con incredulidad.

—¿Qué tal todo con la loquera?

Él extiende las manos.

—Quiere crearme más problemas de los que ya tengo.

—Para eso le pagan.

—Fue un alivio recibir su llamada.

—Todavía no has visto a la pobre mujer.

Cruzan juntos la callecita, tras pasar por una tienda de *fish and chips* cerrada que parece haber sido construida en el salón de una de las casas. La fila de viviendas se corta abruptamente y, detrás del muro de la última casa, se abre un solar que se utiliza como aparcamiento. El suelo de cemento está fracturado y agujereado y las botellas rotas atestiguan que no es un lugar seguro para dejar el coche.

El equipo forense ha montado la tienda en una parcela de césped detrás del aparcamiento, junto a una pequeña arboleda que ha crecido en un pedazo de tierra reseca y rebosante de basura. Junto a ella está el puente que atraviesa las vías y conduce a otra urbanización.

—Agárrate fuere —le advierte Pharaoh, levantando la lona de la tienda y accediendo al interior.

—¿Jefa?

—Echa un vistazo.

Un miembro del equipo forense vestido de blanco está en cuclillas junto al cuerpo, pero deja de tomar fotografías y retrocede como un cangrejo cuando McAvoy entra en la tienda. Este respira despacio y se acerca a donde yace el cuerpo.

La víctima está boca arriba. Lo primero que le llama la atención es el ángulo que presenta la cabeza. Está mirando hacia arriba, como si hubiera torcido el cuello para evitar contemplar el destrozo que ha sufrido su cuerpo. Aun así, el cadáver presenta una expresión angustiada. Tiene los tendones del cuello tan estirados que parecen a punto de romperse, y en su rostro se lee un grito congelado. Tiene la boca abierta y solo se ve el blanco de los ojos, como si sus iris azules también hubieran querido huir.

McAvoy traga saliva. Se obliga a mirar más allá de las heridas.

La mujer tendrá cincuenta y tantos años y lleva el pelo corto y castaño, aunque las raíces son grises. Viste mallas negras y calza unas viejas sandalias de tiras que dejan al descubierto unas uñas pintadas de azul oscuro. Los dedos de las manos son cortos pero bonitos, con las uñas esmeradamente recortadas. Se distinguen un anillo de compromiso de oro y una alianza en el dedo corazón de la mano izquierda.

Solo después se permite contemplar su torso. La bilis se le sube a la boca. Procura tragársela. El pecho de la mujer está hundido. Le han fracturado los huesos de las costillas, astillándoselos, aplastándole los pechos y los pulmones. La parte superior del torso es un amasijo de piel y tejido despachurrados, sangre negra y órganos machacados. Su sujetador blanco, junto con lo que queda del pecho, corona esa miasma de carne removida. Durante un momento espantoso, McAvoy se imagina el sonido que se oirá cuando el forense desenrede todos los órganos para su examen.

Se aparta. Inspira una bocanada de aire que no esté tan impregnado de vísceras.

Le da la espalda al horror y se estremece.

A pesar de que le avergüenza que se le haya ocurrido, a McAvoy le viene a la mente un pollo abierto en canal; con las pechugas separadas y aplastado, listo para asar.

Nota la mano de Pharaoh en el hombro y la mira a la cara. Ella asiente y abandonan la tienda.

—Hostia, jefa —dice McAvoy. Le falta el aire.

—Lo sé.

Él respira lentamente. Se da cuenta de que todo da vueltas a su alrededor y espera a que se le pase el mareo. Se obliga a comportarse como un policía.

—¿Qué clase de arma provoca esas heridas?

Pharaoh se encoge de hombros.

—Supongo que estamos buscando a un tipo montado a caballo que empuñe una maza.

—La causa de la muerte no ha podido ser esa, ¿verdad? Tiene que tener alguna herida en la cabeza, o una puñalada en alguna parte, debajo de todo eso...

—El forense sacará las conclusiones. Lo único que tengo claro es que no ha sido suicidio.

McAvoy levanta la vista al cielo. Sigue presentando el color del agua sucia. Nota el sudor que se le acumula en la espalda y se pasa la mano por la cara porque está chorreando. A pesar de que no sabe nada de la vida de la mujer de la tienda, lo poco que ha visto sobre su muerte le cabrea. Nadie debería morir así.

—¿Bolso? ¿Cartera?

Pharaoh asiente.

—Lo tenemos todo. Han sido hallados a unos metros del cuerpo.

—¿Hora?

—La descubrieron hace un par de horas. Fue un tipo que iba a comprar el periódico. Vio asomar un pie y llamó al número de emergencias.

—Entonces a los del DIC no les ha dado tiempo a echar un vistazo...

—Nos lo han derivado a nosotros.

—¿Cómo dice, jefa?

Pharaoh se lleva la mano al cuello y hace gesto de cortárselo, indicándole que cierre el pico. Como jefa de la Unidad de Delitos Graves y Crimen Organizado, Pharaoh está acostumbrada a las luchas internas y los enredos políticos que contaminan las más altas esferas del cuerpo de policía de Humberside. Su unidad fue creada para investigar homicidios, un escuadrón al margen del cuerpo principal de detectives, pero los recortes presupuestarios

y los cambios de personal no permiten al equipo tener un papel definido. Por el momento, se supone que Pharaoh y sus oficiales se encargan de investigar a una banda de narcotraficantes que presuntamente se ha hecho con el tráfico de estupefacientes de la costa este. Su actividad ha coincidido con un marcado repunte del número de crímenes violentos y tanto McAvoy como Pharaoh saben a ciencia cierta que los sicarios de la banda son responsables de varias muertes. Sus métodos son tan eficientes como brutales y sus armas favoritas, la pistola de clavos y el soplete. La unidad de Pharaoh ha metido entre rejas a tres miembros importantes de la banda pero, por el momento, la información que han conseguido recabar acerca de la cúpula es escasa. Son despiadados, eficientes, resueltos y tan bien informados que asusta, y cada nivel de la organización parece estar aislado del siguiente. Los sicarios no tienen ni idea o saben poco de quiénes les transmiten las órdenes. Se comunican entre ellos mediante teléfonos móviles y complejos códigos, y están reclutando matones más competentes de lo normal gracias a una combinación de miedo justificado y una remuneración considerable.

—¿Han considerado que esto es un asunto de bandas? —pregunta McAvoy con incredulidad. Solo de esa forma el crimen podría haber sido derivado a Pharaoh.

Pharaoh le dedica una sonrisa triste.

—La víctima presidía una asociación de vecinos. Durante una asamblea reciente criticó a los camellos que están cargándose el barrio.

McAvoy cierra los ojos.

—Entonces, ¿qué sabemos?

Pharaoh no necesita consultar sus notas. Ya se ha aprendido todos los detalles de memoria.

—Philippa Longman. Cincuenta y tres años. Residía en Conway Close. Después de Boulevard, cerca de los terrenos de recreo. Ahora mismo un inspector uniformado de la comisaría de la calle Gordon está con la familia. Philippa trabajaba en la tienda por donde has pasado con el coche. Antes de que me preguntes, anoche estaba trabajando. Esto pudo haberle sucedido de camino a casa. Alguien la interceptó. La metió detrás de los árboles. Y le hizo esto.

—¿La familia?

—Esa es nuestra siguiente parada, querido mío.

—¿Y el tipo que la encontró?

—Todavía está temblando. El pobre no se ha podido quitar el sabor a vómito de la boca.

—Entonces nos quedamos con el caso, ¿no? ¿No armarán follón los del DIC?

Pharaoh le mira por encima de la montura de las gafas de sol.

—Por supuesto que habrá follón. Pase lo que pase, la liarán.

McAvoy inspira hondo.

—Supuestamente tendría que estar preparándome para declarar. El juicio de Ronan Gill es dentro de un mes y los testigos se están poniendo nerviosos...

Sin inmutarse, Pharaoh alarga la mano y le tapa la boca a McAvoy con la palma caliente. Cuando sonrío, el sargento le raspa la piel con la barba que empieza a asomar.

—Si la necesitas, tengo una mano libre para darte un puñetazo en los riñones —añade con dulzura.

McAvoy vuelve la vista a la tienda. Piensa en el cuerpo destrozado que yace en su interior. Quiere saber quién lo hizo. El motivo. Quiere impedir que vuelva a suceder. Quiere asegurarse de que todo aquel que apreciase a esta mujer tenga al menos una cara a la que odiar.

Desearía que la maldita psicóloga estuviera aquí en este momento. Sería la única manera de que entendiese por qué lleva a cabo un trabajo que odia. Querría decirle que así es él. Este es el hombre que se obliga a ser. Aquí, en algún lugar entre el dolor y el olvido.

—De acuerdo.